el P. Ramón de Huesca (1), un historiador tan erudito como circunspecto; bajo el aspecto artístico puede decirse que es un país todavía por descubrir, y una mina por explotar. Palpitándonos el corazón parte de temor y parte de complacencia, entramos en esta senda que abren nuestros pasos, y en la cual no divisamos anteriores huellas, si ya no se cuentan las que nos dejó en la postrera mitad del siglo XVIII el erudito D. Antonio Ponz en su vasto pero incompleto *Viaje de España*. El plan que se propuso de recorrer toda la península en unos tiempos, más escasos aún que los nuestros en comunicaciones y alicientes para viajar, no le permitió sino visitar los puntos y examinar los objetos que en su itinerario hallaba, valiesen ó no la pena, apartándose rarísima vez de su camino para ir en busca de lo que no le salía al encuentro: así que al paso que consagra casi un tomo á Zaragoza, y se detiene minuciosamente en Calatayud y Teruel, ciudades acaso las más pobres de monumentos, y en la enumeración de insignificantes poblaciones del bajo Aragón, pasa á lo largo de Tarazona, saluda de lejos á Huesca, y ni una línea dedica á los grandiosos monasterios, á los empinados castillos, á las pintorescas montañas de la otra parte del Ebro. Y luégo, pintor antes que arquitecto en los templos, y economista más que poeta en las campiñas, educado en todo el rigor y exclusivismo de la escuela clásica de su tiempo, dado al examen de los detalles y adornos más bien que á la contemplación del conjunto, sería injusticia al par que anacronismo exigir de él en la apreciación de los monumentos aquella mirada profunda, universal, espiritualista, digámoslo así, que descubre un alma bajo

(1) Continuó este benemérito escritor la obra principiada por el P. Lamberto de Zaragoza y titulada *Iglesias de Aragón*, y añadió á los cuatro tomos que su compañero de orden había publicado de aquella metropolitana iglesia, otros cinco, de los cuales dedica tres á la de Huesca, uno á la de Jaca y otro á la de Barbastro. Lástima que tan concienzudas tareas segunda vez interrumpidas no abarquen, para ser completas, las diócesis de Tarazona, Albarracín y Teruel, y más lástima todavía que una obra por tantos títulos apreciable apenas sea conocida fuera del recinto de su provincia.

aquellas formas y descifra en ellas la historia y la organización de un pueblo, ó que reconociendo siquiera en la belleza artística la variedad fecunda é inagotable de la naturaleza, no se esfuerza en amoldarlas á un tipo dado. Sin embargo, lo nuevo y laborioso de la empresa, el acierto de sus fallos por lo común, y la diligencia con que enriqueció con varios nombres oscurecidos y dignos de la inmortalidad el diccionario de los artistas, harán á Ponz acreedor siempre á nuestro respeto y gratitud; y cuando se olvida á ratos de Vitrubio y de sus cinco órdenes para extasiarse ante los prodigios de gótica crestería, y cuando á vista de los delirios del aborrecido churriguerismo lamenta la desaparición de lo antiguo, se reconoce con satisfacción que su gusto é instinto eran mejores que su sistema.

II

Lo hemos dicho ya: separar la arquitectura de la historia y el monumento de su origen, de su carácter y de los recuerdos que lo consagran, es poco menos que considerar el cuerpo sin alma, la palabra sin su significado, el efecto sin la causa, la obra sin hacedor ó destino, el objeto material sin relación ni encanto alguno de los que le presta la imaginación. Pero la historia de Aragón no es la de un territorio ni de una provincia, es la de una monarquía, y monarquía influyente y poderosa; no se limita á un cierto número de tradiciones locales que se ciernen sobre las ruinas y los peñascos, á una serie de dramas domésticos de crimen ó de virtud, de horror ó de fortaleza, ó al conjunto de unos pocos acontecimientos y revoluciones que vienen á ser los rasgos de su peculiar fisonomía; sino que se presenta con todo el grande aparato de la historia clásica, con sus dinastías de soberanos, sus conquistas, sus batallas y sus tratados de paz ó alianza; y como tal, mal puede reducirse á los estrechos límites de nuestro poético cuadro. La historia de Aragón es también la

de Cataluña, la de Valencia, la de las guerras de Sicilia, Cerdeña y Nápoles durante dos siglos y medio, y posteriormente la de España; sus glorias y acciones pertenecen al mundo y á la humanidad y andan vulgarizados en boca de todos, y si la mera relación de los hechos descarnados ha llenado ya tantas crónicas voluminosas, ¿qué sería un trabajo emprendido con la profundidad de investigaciones, universalidad de conocimientos y altura de miras que reclama el siglo? Aquel impetuoso río, sintiéndose estrecho en su madre, se derramó por lejanos campos en los cuales dejó abundantes huellas de su paso; aquel principio de vida se transmitió á otros cuerpos fundiéndolos en uno solo; y frecuentemente resultaría embarazo para nosotros y confusión en nuestros lectores, si pretendiéramos enlazar la historia del reino entero con los monumentos de la provincia, que ni fué teatro exclusivo de sus hazañas, ni es depositaria de sus recuerdos todos. Contentarémonos pues con tomar de lo pasado lo únicamente indispensable para explicación de lo subsistente, con no evocar á los difuntos sino en el sitio mismo donde yacen ó donde obraron, con apelar á los *recuerdos* sólo para completar y hacer comprensibles las *bellezas*. Sin embargo, como este plan nos obliga á prescindir del método y orden cronológico, cuya absoluta falta fatiga á todos y extravía á los no muy versados en la historia, hemos creído oportuno en esta Introducción, á ejemplo de la ojeada topográfica y artística que acabamos de dar á la provincia, lanzar otra muy rápida al origen, engrandecimiento y vicisitudes del reino y á la sucesión de sus monarcas, y trazar por fin una idea de la organización social y política de aquel estado, clave muy necesaria para la inteligencia de los acontecimientos, sin perjuicio de volver luégo á explicaciones más detalladas en el cuerpo de la obra, siempre que la memoria de un alto hecho ó personaje se cruce con nuestro itinerario.

Fieles pues al anunciado propósito, atravesaremos en silencio aquellas edades cubiertas de niebla y oscuridad, y que no han dejado de sí monumento alguno, en que gigantescas razas

empujándose como las olas sobre nuestras playas ó salvando los Pirineos, se disputaban el suelo encarnizadamente; en que los celtas invasores fundiéndose con los antiguos pobladores de la Iberia, ó tomando su nombre del Ebro en cuyas orillas se sentaron, daban origen al noble pueblo celtíbero (1), que repartía con los belicosos ilergetes (2) y los inquietos lacetanos (3), el que es ahora territorio aragonés; en que sus pequeñas tribus, sea por natural veleidad y ambiciones particulares, sea por la generosa astucia de destruir uno por medio de otro á sus opresores, se pasaban ora al cartaginés, ora al romano, ó acompañaban á sus aliados y dueños á lejanas expediciones, batiéndose con tanto brío como pudieran hacerlo por su patria y su libertad; en que sintiendo al fin todo el peso de las cadenas que les había impuesto Roma, no hacían sino estrecharlas más y más, ó sucumbir del todo con sus tardíos y desesperados esfuerzos para romperlas. Pasaron los celtas, y no dejaron á aquel país más que su nombre; ningún pilar monolito asoma en aquellas colinas, ni se elevan en la llanura aquellas informes y misteriosas pirámides que participaban del carácter de templo y del de sepulcro: pasaron los cartagineses, y ningún rastro de edificio púnico recuerda su paso por la región que tan útil les fué al principio por sus alianzas, como funesto teatro al fin de sus derrotas: pasaron los romanos, y al rededor de sus antiguas y florecientes colonias apenas se descubren ruinas de aquellas magníficas fábricas de fasto ó de utilidad, fruto de la sangre de los pueblos y de las

(1) La Celtiberia se extendía á la otra parte del Ebro desde las fuentes del Jalón junto á Medina Celi, hasta la antigua Nertóbriga hoy tal vez Ricla, y á lo largo desde las cumbres del Moncayo hasta las sierras de Albarracín donde nace el Tajo. Atendido lo montuoso del terreno y la estrechez del recinto, admira lo numeroso de su población, pues vez hubo que sacaron en campaña los celtíberos 35.000 hombres de guerra.

(2) Los ilergetes ocupaban la parte oriental de Aragón y la occidental de Cataluña, dilatándose por los países que bañan el Cinca y el Segre, y hasta más allá de Huesca.

(3) Mariana coloca á los lacetanos en las montañas de Jaca, otros los ponen más al Este, y dentro de la misma Cataluña.

extorsiones de los procónsules, ó brillante remedo con que se consolaban los colonizadores de la privación de su grandiosa patria: algunas monedas y algunas lápidas sepulcrales es casi lo único que recuerda en Aragón una dominación de siete siglos. Como si aquel suelo, retemblando siempre con el fuego comprimido de la libertad, no permitiera á los conquistadores asentar en él con seguridad sus orgullosos trofeos ó los seductores alardes de su civilización, y además no ofreciéndoles tanta oportunidad como las provincias litorales, no encontramos sobre él en los primeros tiempos ninguna de las importantes y ricas poblaciones, como Cartagena y Barcelona las cartaginesas, y las romanas Sevilla y Tarragona, que servían á los opresores de puerta, asilo y centro de apoyo todo junto. Los recuerdos del antiguo Aragón son todos de insurrección é independencia: allí moría Tago por orden de Asdrúbal, víctima de la libertad de su patria, y su esclavo, después de vengarle inmolando junto al ara al general cartaginés, espiraba sonriendo entre los más atroces tormentos: allá un pueblo entero (1) vencido y no domado por los romanos, era al fin vendido como esclavo; acullá se removían las pequeñas ciudades celtíberas á ejemplo de la heróica Numancia su vecina; más tarde la noble Osca servía de asilo al proscrito Sertorio, cuyos grandiosos proyectos la destinaban tal vez para corte de un futuro imperio. Sólo cuando España se había hecho ya romana, cuando el universo obedecía á Roma y Roma á un solo dueño, vemos figurar entre las más ilustres colonias y municipios españoles la antiquísima Turiasona, Bílbilis la *famosa por sus armas y caballos* como la llama su hijo Marcial, y la imperial Cesaraugusta importante ya desde su fundación y una de las siete *audiencias* ó capitales de distrito en que estaba dividida la España Tarraconense.

Arraigaríase sin embargo en aquella provincia el nuevo poder á proporción de lo que había costado establecerle, y fundiríanse perfectamente vencedores y vencidos, puesto que, invadida la España por los bárbaros del Norte á principios del siglo v, Aragón, aunque tan cercano á los Pirineos por donde se derramaron desde las Galias aquellas hordas impetuosas, temibles siempre para Roma como enemigas y como aliadas, se mantuvo todavía más de medio siglo bajo el dominio del imperio. La Celtiberia resistió con brío á la furia de los alanos; y sólo más tarde, casi al tiempo que Roma sucumbía bajo la espada de Odoacre, Zaragoza con su territorio cedió á las armas de Eurico, y pasó á formar parte del nuevo reino godo. Tampoco en el largo decurso de éste, durante dos siglos y medio, fué teatro Aragón de ruidosos acontecimientos, ni sus ciudades objeto particular de la predilección y munificencia de sus reyes, si bien Zaragoza conservó siempre su importancia: su historia de aquella época es tan estéril ó desconocida, como desnudo está su suelo de monumentos de la dominación goda, que por una extraña anomalía, habiendo comunicado erróneamente su nombre á la reina de las arquitecturas, carece ella propia de tipo arquitectónico conocido.

La irrupción de los árabes venida del mediodía, y arrollando hacia el norte así á los tímidos fugitivos como á los valientes que buscaban en las breñas un asilo de su independencia, inundó por fin el Aragón en 713, á los dos años de perdida la batalla de Guadalete, después que Zaragoza hubo sucumbido ante los ejércitos reunidos de Muza y de Tarif, y que Huesca y Tarazona se entregaron sin resistencia. Bajo el nuevo imperio la opulenta *Saracusta*, como llaman los árabes á Zaragoza, fué capital de una de las cuatro provincias en que dividieron la península; y en sus límites que comprendían á Cataluña, Aragón, Navarra y parte de Castilla la Vieja, hallamos los nombres apenas alterados de *Wesca, Jacca, Tarrazona y Barbastar*. No es extraño pues que los valíes de Zaragoza, gobernadores de tan vasto territorio y casi independientes del amir de España y hasta del

(1) Los bergistanos, que algunos colocan donde está ahora Teruel, y otros junto á Huesca en el pueblo hoy llamado Bergua, fueron vendidos por esclavos, hacia el año 560 de la fundación de Roma, de orden del cónsul M. Porcio Catón.

mismo califa de Oriente por las turbulencias de los tiempos, sean llamados reyes en las crónicas cristianas, y que el valí Samail merced á su valor y astucia predominara ya en la península, cuando Abderramán-ben-Moavia, último retoño de la destronada dinastía de Omar, vino desde el África en 755 á poner término á las guerras civiles de los gobernadores y á erigir en Córdoba un califado émulo del de Damasco.

Entre tanto las fragosidades de los Pirineos abrigaban los restos de la disuelta nación que debían ser el germen de nuevos pueblos y de poderosos estados. Las disensiones de los conquistadores, y las derrotas que sufrieron en Francia en 721 y en 733 por el esfuerzo de Eudo y de Carlos Martel, costando entrambas la vida á sus caudillos Alsama y Abderramán-ben-Abdalá, protegieron aquel naciente fuego que ya no pudieron extinguir los musulmanes. Las historias árabes mencionan una insurrección de Tarazona reconquistada luégo por el amir Ambisa, y nuestras crónicas lamentan la catástrofe de Pano, ciudad ó mejor fortaleza improvisada por los prófugos en los riscos de San Juan de la Peña, y derrocada muy pronto con exterminio de sus defensores por Abdelmelic-ben-Cotán. Vienen luégo los trescientos que en la tajada peña de Uruel juraron á la faz de los cielos reconquistar su patria que de lejos veían, los que refugiados en las cuevas de los santos ermitaños, mitad monjes, mitad guerreros, se lanzaron con su bendición más denodados á la pelea; aparece Garci Jiménez, el Pelayo aragonés, levantado rey por los suyos sobre el escudo; aparecen el conde Aznar en el país que abarcan los dos Aragones (1), y el conde Bernaldo en la áspera Ribagorza. ¿Quiénes eran estos? de dónde venían? qué título, qué objeto llevaban? ¿Eran aventureros, renuevos de estirpe regia, ó jefes

(1) Dos son los ríos de este nombre que corren muy cerca uno del otro, abrazando poco más de cinco leguas; el uno es el mayor ya descrito al principio de nuestra Introducción, el otro el Aragón Subordán que desemboca en el primero. De ahí el nombre de Aragón es plural en latín, y los reyes se titulan *Aragonum* de los dos Aragones.

natos de aquellos indómitos montañeses que ni por romanos ni por godos habían sido completamente subyugados? ¿Venían de las opulentas y ya perdidas ciudades españolas, ó de las comarcas de la vecina Aquitania, atraídos por la sed de glorias y aventuras y por el común interés de enfrenar á los terribles invasores? ¿Su autoridad era la de reyes ó de jefes de guerrillas? ¿Pensaban reclutar una horda ó constituir una nación? ¿Veían en sueños al través de lo presente el grandioso porvenir, y puesto que tenían una espada en la mano, osaban con noble fe colocar una corona en su cabeza, seguros de conquistar un reino? La historia calla, y la poesía y el entusiasmo nacional se explayan á su sabor acerca de estos épicos personajes. No son menos inciertas la topografía y la cronología: quien coloca en Navarra, quien en Sobrarbe la cuna de aquel reino; quien pone la elevación de Garci Jiménez inmediata á la pérdida de España, quien la retrasa hasta 858 dejando así un vacío de siglo y medio (1);

(1) Para descartar de una vez el texto de discusiones cronológicas, pondremos á continuación las opiniones más autorizadas acerca de la sucesión de los reyes de Navarra y Sobrarbe, sacadas de los escritores más antiguos, á los cuales los modernos, faltos de nuevos documentos, no han hecho sino seguir.

Según la crónica de Gauberto Fabricio, monje de Santa Fe junto á Zaragoza, escrita en el siglo XV, GARCI JIMÉNEZ empezando á reinar en 716, murió en 758. —Garci II Íñiguez en 802.—FURTÚN GARCÍA en 815 ú 822.—SANCHO I GARCÍA en 835 ú 842.—(Niega la existencia de los reyes Jimeno Garcés y García.) ÍÑIGO ARISTA en 860 ú 874.—GARCÍA III Íñiguez en 904.—SANCHO II ABARCA en 940.—GARCÍA IV el Temblador en 975.—SANCHO III el Mayor en 1020.—De este último parece cierto sin embargo que murió en 1034: por lo demás este sistema nos parece el más verosímil y mejor arreglado.

Carbonell, siguiendo tal vez la antigua historia general ó crónica de San Juan de la Peña, teje la siguiente cronología sembrada de contradicciones: GARCI JIMÉNEZ no entró á reinar sino en 858, y murió en 891.—GARCI II Íñiguez en 903.—FORTÚN GARCÍA en 920.—SANCHO I GARCÍA en 940.—De Jimeno Garcés y García su hijo no fija la época, y la muerte de Íñigo Arista la supone en 953. Las demás fechas están todas absurdamente alteradas, efecto tal vez de la confusión del cómputo de la era vulgar con el del nacimiento de Cristo, haciendo retroceder al hijo de Íñigo Arista á la mitad del siglo IX, lo que prueba indudablemente que las anteriores están también equivocadas de un siglo.

Zurita ni en sus Anales ni en sus Índices se atreve á fijar la cronología de Garci Jiménez y de sus sucesores, contentándose con referir sus nombres: y en cuanto á la dinastía de Íñigo Arista cuya elección pone en 819, no hace más que continuar las más varias opiniones sin tratar en lo más mínimo de conciliarlas.

Otros, engañados por la identidad de los nombres, ó precisados á llenar los

y esta incertidumbre se extiende á sus sucesores en línea recta, Garci Íñiguez, Fortún Garcés, Sancho Garcés, Jimeno Garcés y García su hijo, cuyos hechos son tan oscuros y controvertidos como su cronología, no faltando quien niegue aún la existencia de los dos postreros.

Súbditos de estos reyes de Navarra y Sobrarbe, al menos con una dependencia de honor, parece fueron los condes de Aragón, de quienes no se hallan sino sueltas noticias, como puntos luminosos sembrados acá y allá en la noche de los tiempos, que no hacen sino acrecentar la confusión con la dificultad de enlazarlos. Todos mencionan como primeros condes á Aznar y á su hijo Galindo, atribuyendo á aquel la conquista de Jaca, y á éste la fundación del castillo de Atarés y del monasterio de San Martín de Cercito junto al pueblo de Acomuer; pero unos hacen á Aznar contemporáneo casi de Garci Jiménez poniendo su muerte en 771, otras la ponen en el reinado de Fortún García, y la de su hijo en el de Sancho García. Según Zurita, Teuda ó Toda, hija de Galindo, casó con Bernaldo conde de Ribagorza, que conquistado aquel país y el de Pallás, fundó debajo de una gran roca riberas del Isavena el monasterio de Ovarra, y transmitió el condado á su descendencia. Aunque de este enlace pudiera deducirse la unión de los dos condados, hallamos sin embargo á Fortún Jiménez conde de Aragón interviniendo poco después en la elección de Íñigo Arista por rey de Navarra, y á Urraca ó Íñiga, hija según unos de Fortún Jiménez, y según otros de Endregoto y nieta de Galindo, que casando con Garci

huecos que les resultaban en su sistema, enmendando un error con otro, han intercalado reyes donde mejor les convenía: el P. Mariana no sabemos con qué pruebas ingiere tres en el siglo x entre Sancho Abarca y García el Temblador, á quienes llama Garci Sánchez, Sancho García y Ramiro. Omitimos referir las opiniones de Blancas, Flórez y otros, todas discordes. Formar una nueva y exacta cronología sobre los escasos documentos que de aquella época nos quedan, sería ardua empresa caso de ser posible, y cuya utilidad en nuestro concepto no correspondería á su trabajo. Al fin de la jornada no hubiéramos obtenido sino fechas y nombres.

Íñiguez, hijo de Arista, unió definitivamente el condado de Aragón con el reino de Navarra por más de un siglo, hasta que nuevamente desmembrado fué erigido en monarquía á favor de Ramiro I.

Aquellos humildes principios no hubieran logrado empero tan rápido y feliz desarrollo sin el auxilio de los franceses, y sin el de los musulmanes divididos ó rebeldes que, á trueque de satisfacer sus enconos ó su ambición, no dudaban aliarse á veces con los enemigos del islam. Las historias árabes hablan á menudo de las expediciones de los cristianos de *Afranc* (Francia), llegando á confundirlos con los sublevados de los montes *Albortat* (Pirineos); y nuestros romances y libros de caballerías están llenos de Carlomagno y sus doce pares, de Roncesvalles, de Roldán y de Marsilio, rey moro de Zaragoza. Parece indudable que en 778 el gran conquistador francés atravesando los Pirineos ganó á Pamplona, que sus banderas victoriosas ondearon hasta en el corazón de la península, que Huesca y Zaragoza se sometieron á las condiciones impuestas por el vencedor, que el príncipe Ludovico su hijo en distintas veces que entró libertó varias ciudades, y que caudillos y barones franceses obtuvieron en Aragón y principalmente en Cataluña los países conquistados como gobernadores, como feudatarios, y á la postre como señores independientes. Sólo así se explica la importación de nombres, costumbres y hasta leyes francesas en nuestro suelo, la uniformidad de lenguaje, las relaciones políticas y de parentesco que los reyes de Aragón tuvieron con Francia más que con el resto de la España. Pero aquellas conquistas carecieron de solidez, ora las guiara más bien un entusiasmo aventurero que un plan fijo de colonización, ora impidieran su conservación las discordias de los descendientes de Carlomagno, ó la índole indómita de los montañeses que no aceptaban la ley ni aun de su libertador, como bien lo manifestaron en la jornada de Roncesvalles. Así Zaragoza y Huesca recaían bajo el antiguo yugo apenas volvía las espaldas el francés; Pamplona fué de nuevo perdida y

recobrada antes de servir de corte á los reyes de Navarra, y aun hacia el año de 868, en el reinado de Íñigo Arista ó de su hijo Garci Íñiguez, hubiera sido reconquistada por los moros que habían ocupado ya algunas torres de sus muros, si el socorro de los de Francia no les obligara á levantar el sitio.

No mencionan tan expresamente nuestras crónicas las alianzas contraídas, á veces, por los cristianos con los valíes de la España oriental, á quienes su poder y su distancia de Córdoba convidaba á la rebelión y á la independencia; pero en las arábigas leemos que Hasán, valí de Huesca, fué el que entregó la ciudad con ruines tratos á Ludovico, que Bahlul-ben-Makluc jefe de la frontera auxilió á éste en la toma de Tarragona y en el cerco de Tortosa, y que el aventurero Omar-ben-Hafsún, echado como bandido de Andalucía en 864, se hizo temible en Aragón con el apoyo de los cristianos. «Coligados, dicen, con él los de Ainsa, Benavarre y Benasque, corrieron impetuosos como los ríos que bajan de aquellos montes, hasta Barbastar, Wesca y Afraga, talando los campos y sublevando á los pueblos contra los valíes, muchos de los cuales atrajeron á su bando.» Arrojado por las tropas del califa de su guarida de Rotalyehud anidada sobre peñascos y cercada de un río, no desistió el audaz Hafsún, y ofreciendo á los cristianos vasallaje y tributo, ocupó con su ayuda las fortalezas de la orilla del Segre intitulándose rey. Con su muerte, acaecida en la sangrienta derrota de Ayvar en que murió también el rey García III Íñiguez (1), lejos de extinguirse la rebelión, Calib su hijo saliendo de las montañas tomó á Zaragoza y Huesca, y entró en Toledo de inteligencia con los numerosos mozárabes de aquella ciudad, donde reinó como soberano, haciendo temblar desde allí á los Omíadas de Córdoba. De esta suerte iba cobrando importancia aquella guerra, que habían descuidado en su principio los moros por no ofrecerles ni serios temores ni ricos despojos, «fatigados de seguir en los ásperos y enriscados montes á hombres bravos cubiertos de pieles de oso, armados de chuzos y guadañas, y que no tenían otra cosa que las armas con que se defendían.»

(1) Los árabes ponen esta derrota en el año 269 de la Hégira correspondiente al 882, época que si discrepa mucho del año 905 al que refiere el cronicón albeldense la muerte de García Íñiguez, conviene bastante con el arzobispo D. Rodrigo que supone dicha batalla de Larrumbe (tal vez Lumbierre) en el 880.

Fenecida la sucesión de Garci Jiménez después de haber reinado por más de un siglo, los principales caudillos eligieron por rey á Íñigo Arista, personaje célebre desde el cual se hacen datar los fueros de Sobrarbe, las armas de Aragón (1) y la institución del Justicia del reino; personaje, empero, cuya cuna, corte y sepulcro son igualmente dudosos, controvirtiéndose si tuvo la primera en Bigorra de Francia, en Ribagorza ó entre los vascongados, si fué la segunda en Pamplona ó en Ainsa, y si descansa, por fin, en el monasterio de San Salvador de Leyre ó en el de San Victorián de Sobrarbe. De lo glorioso de su nombre puede deducirse lo ilustre de sus prendas ó lo próspero de su reinado, durante el cual se verificarían las incursiones de los cristianos que mencionan los historiadores árabes en el año 841 y que se extendieron hasta Albaida y Calahorra, quemando los pueblos y talando los campos. Menos feliz su hijo Garci III Íñiguez falleció con la flor de sus caballeros, sorprendido por los moros en los campos de Ayvar ó de Larrumbe, y su esposa, la heredera del condado de Aragón, cayó muerta también en una emboscada; pero Sancho II Abarca sacado del vientre de su madre por un leal servidor, y criado en la oscuridad, según cuenta la tradición, fué ya adulto presentado por rey á sus vasallos consternados. Auxiliado por el bravo Centulo su adalid, recobró

(1) Al lado del escudo colorado que constituyó las antiguas armas de aquel reino, campea una cruz plateada en campo azul, en memoria de la que, según la tradición, apareció á Íñigo Arista en una batalla. Alusiva á la misma aparición parece la cruz *sobre un árbol*, divisa del reino de Sobrarbe, á cuya etimología debe tal vez su origen, aunque el nombre se deriva más probablemente de país *sobre el Arve*, es decir, situado más allá de la sierra. Á últimos del siglo XI las cabezas de los cuatro reyes moros, muertos en la batalla de Alcoraz, dieron un nuevo blasón á aquellas armas, que fueron reemplazadas por las barras de los condes de Barcelona cuando subieron éstos al trono de Aragón.